

Y jurando que la hórrida muerte
Le daría á su esposo cruel.

V.

Pero volvamos, lector,
Ocho días mas atras
En que dejamos la historia
Que ocupándonos está.
Dia en que en la iglesia se halla,
Llamada San Nicolás,
Doña Ana, rezando humilde
Al pié del sagrado altar.
Está situada esta iglesia
En el hermoso Arenal,
Paseo donde las auras
Sobre el tallo columpiar
Hacen á la violeta
Al lirio y al tulipan,
Que despiden sus aromas
Suavemente sin cesar.
Un jóven, tras de doña Ana,
De agraciada y noble faz,
Sin quitar de ella la vista,
De pié hace rato que está.
Largo y negro es su cabello,
Noble su mirada, audaz;
Alto, fornido, y de fino
Porte y gracioso ademan.
Su vestido, aunque sencillo,
Con tal gracia puesto está,
Que revela que su dueño
Es hidalgo y fino á mas.

Consiste este en un jubon
De color de verde mar,
Que á sus formas varoniles
Soltura y gracia les dá.
Calzon fino y ajustado,
Calzas que oprimiendo están
Una pierna bien formada
Robusta y firme á la par.
Un ferreruelo gracioso
Se vé de su hombro colgar,
Por bajo del cual asoma
Una espada larga asaz.
Un sombrerillo sin falda
Que puesto á sus pies está,
Completa el traje del jóven
Que á Ana mira sin cesar.
Al fin levantóse esta,
Despues de hacer la señal
De la cruz, de do se hallaba
Con recogido ademan,
Y se dirigió á la pila,
Do el agua bendita está,
Para tomar con sus dedos
El líquido celestial.
Pero el jóven, que tras ella,
Estuvo con tanto afan,
Al ver que se levantaba,
Se fué al punto á colocar
Junto del agua bendita,
Conociendo el hombre audaz,
Que á tomarla en breve iria
Aquella jóven beldad.

No se engañó; y cuando ufana
Iba el agua ella á tocar,
El se la dió cortesmente,
Que era cortes por demas.
Alzó Doña Ana los ojos
A dar gracias al galan,
Y un grito dió de sorpresa
Al ver del jóven la faz.
—¿No me conoces Camila?
—Calla, por Dios, Aguilar:
No pronuncies ese nombre
Si que me amas es verdad.
—¿Puedes dudar de mi amor,
Cuando sabes que el imán
Eres tú que ciego sigo
Sin poderlo remediar?
—Estoy de prisa: dejadme,
Porque esperándome están,
Y temo...—Conmigo nada
Debes tú de recelar.
—No conviene que me hables
En este instante, Aguilar.
Y diciendo esto, Doña Ana
Salió de allí con afan.
Pero empeñado el guerrero
En seguir á la beldad,
En el momento á su lado
Voló, sin mas esperar.
—Camila, me hallo resuelto
A ir contigo á donde vas,
A pesar de tus enojos,
Y del infierno á pesar.

Y ya sabes que mi lengua
Nunca llega á decir mas
Que aquello que sé muy bien
Que tengo de ejecutar.
—¿Y si te suplico?...—Entonces
Tú, sin duda, venceras:
Que de una hermosa á la súplica
No he resistido jamas.
—Pues bien, por tu amor te ruego
Que me dejes ir en paz,
Porque soy casada, y temo
A mi marido encontrar.
—¿Casada?... ¿que oigo, Camila!...
—No pronuncies nunca mas
Ese nombre que he dejado
Con mi vida criminal.
Ana me llamo; y ahora
Que sabes mi estado ya,
Espero que, como noble,
Tu palabra cumpliras.
—La palabra que te he dado,
Dala por cumplida ya;
Pero nunca, hermosa, esperes
Que te deje yo de amar.
—No hallaras correspondencia
Y así el tiempo perderas.
—Tú, por tu bien, amor mío,
Mis ruegos has de escuchar.
—No lo esperes.—O tu esposo
Todo á saber llegará.
—¿Por Dios, compasion.—Tú tenla,
Y nada sucederá.

—Pues bien, ya á hablar volveremos.

—¿Cuándo?—Mañana, Aguilar.

—Está bien; mas sino accedes

A lo que quiero, sabrá

Tu esposo, mañana mismo,

Con quien se llegó á enlazar.

Y doña Ana, temerosa,

Se apartó de aquel guerrero,

Que tras ella, placentero,

Caminaba sin cesar.

Y á distancia algo apartada,

El constante la seguía,

Por saber donde vivía,

Y no dejarse engañar.

Y no la perdió de vista

Hasta no ver que hubo entrado

En su casa, y cerciorado

Quedar que vivía allí;

Y entonces á paso lento

Se fué el jóven retirando,

En su semblante mostrando

De su amor el frenesí.

Y volvió al siguiente día,

En cuanto el sol se ocultaba,

Al sitio donde esperaba

A su hermosa altiva ver;

Y envuelto en su ferreruelo

Que daba gracia á su talle,

Inmoble en la oscura calle

De ella, estaba con placer.

Doña Ana en tanto afligida

Por el encuentro pasado,

La venganza ha meditado

Contra Aguilar, mas cruel;

Y piensa halagarle, en tanto

Que llega el fatal momento,

Para tenerle contento

Y no hable con Don Miguel.

Pues temiendo que su esposo

Llegue á sorprenderle un día,

Y de su conducta impia

Algo le cuente Aguilar,

La muerte de este ha resuelto,

Para que su torpe lengua,

Jamas revele la mengua

Que ella procura ocultar.

Así es que á poco de hallarse

Bajo la estrecha ventana,

Aguilar, de Doña Ana,

Esta á hablarle se asomó;

Y á poco, con gran recelo,

Viendo la calle desierta,

Le abrió con afán la puerta,

Por la cual al punto entró.

Así ocho noches pasaron,

Para Aguilar de contento,

Mas para Ana de tormento,
De continuo meditar;
Y así llegó aquel tremendo,
Triste y desgraciado día,
En que de Ana ó de Maria
Iba el tierno hijo á espirar.

Y no bien hubo salido
Don Miguel tras el aldeano,
Cuando Aguilar llegó ufano:
A la cita, tierno, fiel;
Y Doña Ana que furiosa
Estaba, al verle, ha jurado,
Que de vengarse ha llegado
El instante ya cruel.

Y fingiendo, como siempre,
El mas plácido contento,
Le hizo pasara al momento,
Sin obligarle á esperar;
Y le colmó de caricias,
Y con acento armonioso
Le dijo: "no está mi esposo:
Hoy es noche de gozar."

Y él embriagado de dicha,
En sus brazos la estrechaba,
Y eterno amor la juraba,
Y eterna fidelidad;
Mas al dar las diez, Doña Ana
Dijo con voz que enagena,
"Ya es la hora de la cena;
Hoy por mi esposo cenad."

—Lo acepto: perfectamente:
Contestó Aguilar risueño:
Hoy soy de esta casa dueño;"
Y entraron al comedor,
Donde dispuesta la hermosa,
Una gran mesa tenia,
Donde el vino se veia,
En botellas de color.

Mas sentados á la mesa
Dejémosles un instante;
Y hablemos del nuevo amante
Tan arrogante y leal:
Digamos cómo á doña Ana
Conociera anteriormente,
Y por qué teme al presente,
A él, la hermosa angelical.

Cuando doña Ana en Sevilla
Vivia bajo otro nombre,
Su casa era de todo hombre
Que se mostrara galan;
Y sin temer lo pasado
Ni lo futuro inclemente,
Disfrutaba lo presente,
Con un delicioso afan.

Entónces fué cuando tierno
Conoció Aguilar á ella,
Por quien á todos, la bella,
Al instante despreció;
Y esto le atrajo rivales
Poderosos y aun impios,

Y mil duros desafíos
Do siempre vencer logró.

Dos años así vivieron,
Ella muy fiel y él constante,
Hasta que llegó el instante
De tener él que partir;
Y cual militar valiente,
Por su obligacion dejola;
Y ella, al verse libre y sola,
Quiso como antes vivir.

Hasta que al cabo olvidada
Ya por todos en Sevilla,
De Bilbao bajó á la Villa
Con el malvado don Blas:
Donde el lector, su conducta,
Punto por punto ha mirado;
Y cómo se han encontrado
Los dos en San Nicolas.

Volvamos, pues, á la mesa
Donde están ambos amantes,
Animados los semblantes,
Del vino por el calor;
Y las palabras oigamos
Que se dicen mutuamente,
Palabras que de repente
Se tornarán en dolor.

—¡Cuan feliz y venturoso
Me juzgo en este momento!.....
Dame un abrazo.—Y aun ciento

Te deseo dar, mi bien.
—¡Oh! tus labios son divinos:
Tu aliento, dulce ambrosía.
—Bésame, pues, vida mia,
Que es un beso el grato Edén.

Y tras lúbricos abrazos
Que ofenden al Dios Divino,
Apuran el dulce vino
Sin método y con afán;
Y comen, cantan y rien
Y gritan ya sin recelo;
Y aunque beben con anhelo,
Embriagados aun no están.

Doña Ana, viendo que había
Llegado el crítico instante,
De hacer morir á su amante,
Una copa le sirvió:
Copa que él cogió en la mano
Con grato afán, muy ajeno,
De que guardaba un veneno
Que doña Ana al vino echó.

—“Por nuestro amor:” dijo el jóven;
Y la alegría en la frente
Se retrató, de repente,
De aquella infame muger;
Pero el guerrero queriendo
Mostrarse con ella urbano,
Dijola: “bien soberano,
Primero tú has de beber.”

Perdió su color Doña Ana
Y rehusó el ofrecimiento,
Y un fuerte sacudimiento
Hizo el cuerpo á su pesar;
Y al notar tan repentina
Y tan estraña mudanza,
Sospechó alguna asechanza
El confiado Aguilar.

Y mas empeñado entonces,
Dijo que el vino bebiera;
Pero la bebida fiera
Doña Ana á rehusar volvió;
Y él entonces convencido
De que allí estaba la muerte,
El puñal, con brazo fuerte,
Y con enojo sacó.

—Bebe, infame: dijo entonces
Con furor el mas profundo:
Bebe, ó el puñal te hundo
En tu infame corazon:
Bebe al momento ese vino
Que guarda infernal veneno;
Y pide á Dios, Padre bueno,
De tus crímenes perdon.”

—¡Aguilar!... dijo cayendo
De rodillas, doña Ana,
Por la Virgen soberana
Perdóname: ten piedad.
—No hay piedad: pon en el cielo

Ya tan solo tu esperanza:
Que en mí no hay mas que venganza:
Venganza, no caridad.

Bebe, é mueres bajo el golpe
De mi puñal espantoso,
Sin que al Todopoderoso
Te deje pedir perdon.
—¿No hay remedio?...—No.—¡Dios mío!
Deja pues que humilde pida,
Antes de perder la vida,
Piedad en tanta afliccion.

Y ante una imágen preciosa
De la Madre inmaculada,
Cayó al punto arrodillada
Doña Ana; y él esperó
A que de sus culpas todas
Perdon pidiera rendida;
Y la infeliz, afligida,
Esta oracion elevó.

~~~~~  
Madre de Dios, Virgen pura,  
Tú que miras mi amargura,  
Mi quebranto y mi dolor,  
Ten piedad de la que implora,  
En esta terrible hora,  
Sin consuelo, tu favor.

~~~~~  
Tú que en tan duro momento,
Ves el arrepentimiento

De esta infelice muger,
Ruega, á ese Ser Infinito,
Que perdote mi delito
Conque le llegué á ofender.

A tí, divina Señora,
Del cristiano intercesora,
Ruego intercedas por mí;
Y alcance, al dejar el suelo,
Por tu amor, el alto cielo
Que por mis culpas perdí.

Refugio del afligido
Que se acerca arrepentido,
A demandarte perdón,
Yo en tí mi esperanza fundo:
Ruega, ¡oh Madre! al Dios del mundo,
Que me dé la salvacion.

Pide por la sangre tanta
Que derramó en la Cruz santa,
Por esta triste muger:
Por esta que te ofendiera;
Mas que en su hora postrimera,
En tí mira su placer.

No me arrojes de tu seno;
Voy á beber el veneno

Que me abre la eternidad:
Piedad, piedad, madre mia:
Perdóna, sí, á tu hija impia.
¡Piedad, oh Virgen, piedad!

Y esto, al decir, resignada
La copa cojió al instante,
Que le presentó su amante
Que aun empuñaba el puñal;
Y perdon aun demandando,
Con fervor, al Ser mas bueno,
Apuró todo el veneno,
De aquella copa fatal.

—¡Aguilar!... exclamó entonces;
Aun tengo una hora de vida,
Pues no vertí en la bebida
Veneno con profusion:
Traeme, por favor te pido,
A un ministro del Eterno,
Porque temo ir al infierno
Si muero sin confesion."

—Pierde cuidado: al instante
Voy por él, la contestó
Aguilar, y fué corriendo
En busca del confesor.
Pero al salir de la casa,
La puerta muy bien cerró,
Para que así no pudiera
Ella huir en su dolor.

Doña Ana que ya la muerte
Tan cercana la miró,
Quiso de todas sus culpas
Dejar una relacion
A su esposo, que por ella
A Maria asesinó.
Y al punto todos sus crímenes
Uno por uno escribió,
Con mano muy temblorosa,
Perdido ya su valor,
Y aquel escrito espantoso
Sobre la mesa dejó.
Al cabó de un cuarto de hora,
En compañía volvió,
Aguilar, del sacerdote
Mismo, que una noche atroz,
A la infelice Maria,
Con tierno afan confesó,
Cuando Don Miguel la muerto
La dió en su ciego furor.
Al mirar al sacerdote
Doña Ana, se sorprendió,
Y lanzó un grito espantoso
De lo hondo del corazon.
El padre clavó los ojos
En ella al oír su voz,
Y retrocediendo un paso,
Clamó admirado, “¡Leonor!”
—¡Qué ve! . . . ¡sois sacerdote!
— Ministro indigno de Dios,
Por tí, muger desdichada,
Siete años hace que soy.

—Sí, yo fui la que anhelando
Vuestro cariño y amor,
A la muger que adorabais
Vilmente la envenenó.
—Desde entonces consagréme
Solo á servir al Señor,
Conociendo que, en el mundo,
Todo es perfidia y traicion.
—Confesadla, padre mio,
Aguilar interrumpió,
Que el veneno que os he dicho,
Ha una hora que bebió.
—¡Ah! sí; escuchad mis pecados,
Que innumerables ya son:
Escuchádmelos piadoso,
Que á perder la vida voy.
Y á sus piés, vertiendo lágrimas,
Fervorosa se arrojó,
Y llena de santo celo
Hizo una fiel confesion.—
Escuchóla, enternecido,
El ministro del Señor;
Y al ver su arrepentimiento,
A la infeliz absolvió.
Poco despues el veneno,
Con una fuerza feroz,
A abrasarla horriblemente,
Cual plomo hirviendo, empezó.
—Padre, mi muerte se acerca,
Yo imploro vuestro perdon,
En este terrible instante
En que el mundo á dejar voy.

—Hija mia, perdonada
Estás: muere con valor,
Que ya te espera, amoroso,
El Eterno en su mansion.
El te ha mandado el castigo
Que tu crimen mereció;
Mas te ha concedido, tierno,
El vivo y santo dolor
Con que se alcanza la gloria
Que para el hombre formó.
—¡Bendito seas, Dios mio!....
Recibe mi corazon....
Todas mis culpas detesto....
¡Piedad.... piedad.... Gran Señor!....
Dijo, y toda renegrida
Por el veneno feroz,
Privada ya de la vida,
Al suelo, fria, cayó.
Aguilar, al verla muerta,
Salió á la calle veloz;
Y el sacerdote, abatido,
Tras él á poco salió.

Aun no hacia media hora
Que Doña Ana habia muerto,
Cuando entró Don Blas al sitio
Donde se encontraba el cuerpo.
Quedó al verla, como estatua,
Sobrecogido de miedo,
Y sin pretender saber
La causa de aquel suceso;

Salió del cuarto al instante
A paso largo y ligero.
Registró despues la casa;
Y las alhajas de precio
De Don Miguel y Doña Ana,
Las recogió en el momento;
Y en una maleta todas
Guardando con el dinero
Que hallo en grande cantidad,
Salió á gran prisa del pueblo.
Una hora despues llegaba
A Bilbao, en su lijero
Corcel, Don Miguel, á un niño
En union suya trayendo.
Apeóse del caballo
Guardando el mayor silencio,
Y penetró hasta su cuarto
Llevando á su niño tierno.
Pero al ver que nadie estaba
En él, buscó con anhelo,
A su esposa, y llegó al sitio
Do estaba muerta en el suelo.
—¡Gran Dios!.... exclamó aterrado,
Frio cual mármol.... ¡qué veo!....
¡Ana!.... mi Ana!.... ¡no respira!....
¡Qué ha pasado, Dios Eterno?....
Y al mirar sobre la mesa
El escrito, asaz horrendo,
Se arrojó á ver que decia,
De ánsias y de penas lleno.
“¡Qué acaban de ver mis ojos?....
Dijo despues de leerlo:

¡Tan criminal fué Doña Ana!
¡Fué tan malvado su pecho!
¡Oh! perdóname, Maria!
Su crimen castigó el cielo.
Perdóname cual yo á ella
Le perdono en tal momento!
Y al decir estas palabras,
Con ansiedad en el pecho,
Abandonó aquella casa
Horrorizado en extremo.
“¡Un hijo y una muger
„Me ha arrebatado hoy el cielo!”.....
Salió Miguel murmurando,
Y amargo lloro vertiendo.
„¡Justo ha sido mi castigo,
Porque mi crimen fué horrendo.”—
Y agarrando entre sus brazos
Al hijo de su amor tierno,
A dar parte á la justicia
Fué del terrible suceso.

CONCLUSION.

No bien el sol su luz pura
Mandara al siguiente dia
A alumbrar la tierra umbria,
Mansion del hombre cruel,
Cuando al palacio funesto,
Do á Maria muerte diera,
Con su hijo, que un ángel era,
Entró, triste, Don Miguel.

Y al llegar al sitio horrendo
Do su sangre hubo vertido,
Quedó mudo, sorprendido,
Al ver brillar luces mil.
Y á su esposa fresca, hermosa,
Con la faz tan sonrosada,
Cual si estuviese entregada
A un sueño dulce, infantil.

Y voces de ángeles puros
En los aires se escuchaban,
Que las virtudes cantaban
De Maria, sin cesar;
Y de hinojos al oirlas,
Cayó Don Miguel postrado
De su amada esposa al lado,
Traspasado de pesar.

—Perdona, exclamó, perdona,
Maria; yo te he ofendido:
Por este tu hijo querido
Perdona mi crimen, sí:
Por este inocente niño
Que tú mandastes al mundo,
Y que con afan profundo,
Me encomendastes á mí.

Desde hoy amoroso y tierno
Me verás siempre á su lado,
Y en él solo mi cuidado
Verás que llevo á poner;
Y este palacio, do el crimen.

Cometì mas espantoso,
En un monasterio hermoso
Que se convierta he de hacer.

Y Don Miguel su promesa
Cumpliò como buen cristiano,
Que un templo, al Dios Soberano,
Le llegó allí á levantar;
Y de monges él y su hijo
Allí con fervor vivieron,
Y en sus almas no sintieron
Jamás del mundo el pesar.

Don Juan, ya el plazo cumplido
Que le puso Laura bella,
Se unió felice con ella,
Ya mitigado el dolor;
Y alegres siempre y felices
Sin ningun pesar vivieron,
Que siempre latir sintieron
Sus pechos con puro amor.

A Don Blas, á pocos días
De las alhajas robadas,
Se halló muerto á puñaladas
Cerca del rio Nervion:
Que al verle algunos tan rico,
Al encuentro le salieron,
Y muerte horrible le dieron
Al punto sin compasion.



ADVERTENCIA.

Al mes de haber empezado á salir esta obra, se publicó, en *La Crónica* de Oaxaca, una poesia que D. Felix Romero hizo en elogio de D. Niceto de Zamacois, y que los señores editores del Siglo XIX la copiaron íntegra en las columnas de su acreditado periódico. El autor de *Los Ecos de mi Lira*, reconocido á la deferencia del mencionado D. Felix Romero, le contestó, manifestando su gratitud, con otra poesia que se insertó tambien en el Siglo XIX: poesia que, como editor que soy y como amigo del Sr. Zamacois, he querido que se publicara en este tomo, así como la composicion del Sr. Romero, para que el lector viera la una y la otra, y se convenciera de que cuanto dije en mi prospecto, ha sido una verdad corroborada por los inteligentes imparciales.

Al acabar de escribir estos renglones, me han entregado *El Universal*, donde hay otra composicion, en elogio del Sr. Zamacois, escrita por D. Severo Maria Sariñana, la cual me ha parecido conveniente colocar tambien al fin de este tomo, así como la contestacion que el elogiado, dá al mencionado D. Severo Maria Sariñana.—*T. Orozco.*